



Juntos en la fragilidad, unidos por la sangre

CAROLINA CORNEJO¹

Chile ya no va a ser el mismo. Chile cambió porque nosotros cambiamos. Ya no somos los mismos. Eso no lo sabíamos al ver la evasión de pasajes del metro del día 18 de octubre: que esto terminaría por detonar la

rabia contenida durante 30 años. Hace un tiempo trabajo en un medio de comunicación pequeño, pero sin importar su tamaño, la información llega y es confirmada a la brevedad. Te inunda. No hay filtro que te prepare para recibirla porque la contingencia se asoma por las calles. Recuerdo haber pensado que esto se detendría después de los primeros tres días del estallido inicial. Recuerdo haber estado escuchando las medidas: se anuncia el estado de emergencia, con arreglos convenientes para que no pase por estado de sitio. Se anuncia toque de queda y contacto a mis seres queridos sabiendo que la memoria de mis padres, tíos y abuelos se siente en el aire. La memoria de todos se cierne sobre mí como una seda de plomo,

¹ Licenciada en Lengua y Literatura, estudiante del Magíster en Literatura de la

Universidad Alberto Hurtado, editora y periodista de comunibeer.cl.

un velo denso que pesa sobre los hombros y trae de vuelta los tonos sepia al paisaje de la remembranza.

Recuerdo haber dicho como nunca que amaba a mis seres queridos; podía percibir la sensación de mi propia finitud. El miedo me invadió de golpe y arremetió en pena. Todo esto pudo ser manejado de una mejor forma, me dije. Más eficiente, más tranquila. Para efectos de esta evocación no hablaré de fechas porque siento que he perdido la conciencia de los límites de tiempo. Días, meses, años. Como cantan Los Jaivas.

Recuerdo escuchar al vecindario arder en gritos e improperios contra el presidente cada vez que salía en cadena nacional. Recuerdo los cacerolazos espontáneos paridos desde una ira generacional. Recuerdo salir a la calle porque se acaba la comida y ver tres barricadas arder frente a mi edificio de departamentos, comprar y volver al encierro. Recuerdo cómo Piñera pasó de ser un apellido a ser un insulto, tan potente como la palabra en coa que suele acompañarlo.

El presidente habla de guerra, de buscar a un enemigo común. El único enemigo que encuentro en mi barrio es el sistema construido en base a la injusticia y a la extracción máxima de la fuerza de trabajo, el pueblo. Pero no es el mismo pueblo de antes. Este pueblo busca algo distinto. Este pueblo se mira en los otros y baja las barreras del individualismo que intentaron imponernos en los 90. No somos ese pueblo que compite por una vida más exitista, por acceder a una mejor universidad con renombre o un mejor trabajo. Ahora nos miramos, nos reconocemos en otros y nos abrazamos. Reconocemos el mismo sufrimiento y su rostro nos interpela, reconocemos nuestra precariedad en el otro. La rabia nos llama a poner el pie en la

Alameda y a romper lo esquemas de representación binaria.

No recuerdo haberme sentido tan segura en un espacio público rodeada de extraños, extraños en los que se encuentra la colectividad, la comunidad y la contención. Saltar rodeada de extraños cantando, cantar rodeada de otros corriendo. Correr con compañeros que gritan. Mirar las tanquetas con horror, detenerme a pensar que han pasado diez días y estoy agotada. No sé cómo sobrevivieron dieciocho años de guerra psicológica mis padres. Llegar a casa y avisar que estamos bien.

No estamos en guerra, nos encontramos y nos costó tanto encontrarnos que ya no queremos soltarnos, los mismos subyugados. Realidades similares. El tejido social parece rearmarse bajo viejas consignas que parecían olvidadas. La comunidad recobra sentido en el barrio, como el pueblo. El pueblo no daña al pueblo, el pueblo ayuda al pueblo, el pueblo no mata al pueblo, el pueblo canta el Pueblo Unido porque nos miramos y pensamos como uno solo: yo soy como tú, los mismos problemas, las mismas deudas. El pueblo se representa a sí mismo.

“El derecho de vivir en paz” suena a diario mientras camino por Santa Isabel. Luego por Marín, Portugal hasta Católica: la nube de lacrimógena sube por mis narices, a veces al balcón de mi departamento y me molesta, huele a vulneración sistemática de derechos humanos. Me detengo en la Alameda, pienso que no quiero que esto vuelva a la normalidad de ritmo neoliberal. Tengo miedo de que nada cambie y comparto mi temor con mis vecinas. Felizmente es el mismo miedo. En esa contención colectiva les digo: “Chicas, esto no va a parar, porque mientras sigamos pensando de forma colectiva esto no se detiene. Sigo pateando piedras”.

Corre, que viene el guanaco y enciende el mecanismo de dominio del miedo que nos lleva a correr. Es en la masa donde alguien nos grita: “¡no corran, es peor!”. Me detengo y camino con mi corazón en la mano y de mi garganta sale un grito de rabia, insultos variados a los represores. La represión. La pena. Mi casa, mi cama. Enciende una vela en tu balcón por lo caídos en la lucha. De fondo se escucha “El baile de los que sobran”, canciones de protesta que escuché en la adolescencia. Respira y siente esa pena salir. Lloro por los que salieron a luchar y no han vuelto, lloro por los que volvieron en peores condiciones, lloro por aquellos que perdieron los ojos.

¿Cómo es posible que la desesperanza convoque a un pueblo que tiene el amor propio rasgado por la militarización excesiva de nuestra historia?

Gabriel Salazar habla en la radio de un pueblo mestizo sin lugar en la sociedad neoliberal, adoptados por pueblos originarios, rechazados por los conquistadores. Pienso: “Hasta nuestra carga genética es dialéctica”. Pienso en millones de niños que caen de sus madres en tierra de nadie, con una profunda sensación de desolación, abandono y siendo obligados a producir.

Suena el helicóptero en mi ventana, me levanto, intento leer de nuevo y no entiendo nada. Salgo a buscar a mi pareja al metro y lo guío por los callejones de Santiago. Mirar el pistón amenazante de guanaco de frente y sentir ira. Leo, entiendo un poco y sigo leyendo. De la pena paso a la angustia, apago el televisor, enciendo la radio para sentir más compañía. No me queda dinero para terminar el mes y siento que todo se acaba. Me inmovilizo. Quieta, en la pieza oscura. Un espacio casi maternal donde cobijarme y sentirme protegida. El miedo me ha

cambiado la figura, pequeña y pecho cerrado. Mi terapeuta me pide desde el amor a mí misma que lo abra. Comienzo a salir, me pagan algo y abro mi pecho. Pienso en tomar los espacios de la ciudad como propios. Las grandes alamedas también son mías y tengo derecho a transitar por ellas sin miedo. La ira se transforma en valor, la angustia en iniciativa y me lanzó a la reunión con mis seres queridos: a marchar sin miedo. Ya no me asusta escuchar balazos en la distancia. La comunidad me protege, me cuida, se preocupa por no dejarme vulnerable ante el balín de goma, el perdigón.

Mi hermana corre entre la gente, su labor de médico la lleva a atender a los heridos en primera línea, los encapuchados la protegen, le dan insumos. Yo contengo a mi gente, al pueblo. Todos al suelo, los balines rebotan en la pared, perdigones, ropa con sangre. Les digo que nos sigamos moviendo. Pierdo a mi hermana y regresa la angustia en el pecho, pregunto por ella y nadie la ha visto. Veo a un hombre herido, le pregunté si la ha visto. En la otra vereda la veo, la llamo, tiene la mirada pérdida llena de pena y rabia. Le miró las manos, los brazos, llenos de sangre. Atendí un trauma ocular, me dice. Tomo agua y le lavo las manos y pienso: “No debería estar limpiando la sangre de un joven de 20 años de las manos de mi hermana. Aunque sea médico.” Ella bota la gaza al suelo.

¿Quién se hace responsable por esos ojos en un país donde nadie quiere tomar responsabilidad política de sus actos?

De fondo, el ruido. Ahora entiendo por qué la novela “Ruido” de Álvaro Bísama es tan perceptiva. Mi ruido es ese sonido de viejas canciones que parecían olvidadas y que cobran sentido en la pérdida de perspectiva del Chile actual, en esos ojos que se abren como una flor al cielo y que nunca más

podrán percibir la luz, como si el mundo terminara alguna de estas noches. La incertidumbre. Escucho a Víctor Jara sinfónico en vivo, el coro interpreta la plegaria del labrador: “Libranos de aquél que nos domina en la miseria, tráenos tu reino de justicia e igualdad...”, resuena en mí, como ruido de comunidad. Tomarse de las manos y el sentimiento de ser parte de un propósito más grande me conmueve. Me piden devolver el departamento. Tengo sesenta días para irme. No quiero dejar la comunidad.

Estoy en casa de nuevo, escucho gritos a lo lejos, de fondo. Hoy pienso que esto no ha acabado, que los territorios, el concepto de nación, el pueblo como comunidad imaginada, la memoria colectiva, los emblemas nacionales. Todo parece transformarse y resignificarse en el 2019. Estas noches la palabra “Cuídate” al despedirnos, cobra un nuevo significado.

(Créditos del material fotográfico de esta crónica: Foto página 1: Andrés Cruz ©. Foto página 4: Ricardo Greene ©)

